



## DEL MURAL A LA POLITICA

---

Versión estenográfica de la conferencia dictada el 20 de agosto de 1992 en el auditorio del Instituto Federal Electoral



INVESTIGACIONES  
JUSTICIAS

*Carlos E. Castillo Peraza*

Obtuvo la licenciatura en Letras, con especialidad en Filosofía Política, por la Universidad de Friburgo, Suiza, en 1976.

Maestro de la Universidad La Salle, 1978-1987.

Presidente Nacional de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, 1968-1971.

Diputado federal 1979-1982 y 1988-1991.

Director de la revista *Palabra*, órgano doctrinal e ideológico del Partido Acción Nacional.

Colabora en *El Diario de Yucatán*, *Noroeste de Culiacán*, *La Jornada*, *Nexos* y *Vuelta*.

Colaborador invitado de las revistas: *30 Giorni*, Milán; *Il Sabato*, Roma; *Convergence*, Friburgo, Suiza; *Nexo*, Montevideo-Buenos Aires; *Topodrilo*, UAM, México; *Signo de los Tiempos*, IMDOSOC, México, y el diario *El País*, Madrid.

De sus obras destacan::

*El ogro antropófago*, EPESSA, México; *El pan nuestro*, Dante, Mérida.

Coautor de los libros:

*Religión y cultura*, Bogotá; *Iglesia y cultura en América Latina*, Bogotá; *Estudios sobre valores*, ULSA, México; *Filosofía y ámbitos culturales*, ULSA, Mexico.

Con mi agradecimiento por su  
generosa atención crítica.

Carlos Enrique Castillo Peraza  
20 de agosto de 1992

Con mi agradecimiento por su  
generosa atención crítica.

Carlos Enrique Castillo Peraza  
20 de agosto de 1992.

## DEL MURAL A LA POLITICA

---

**D**entro de la lista de mis pecados capitales creo que puedo empezar a incluir otro: el de hablar esta tarde ante ustedes.

En efecto nadie es perfecto, soy yucateco y se debe notar en el acento. El tema que escogí es para mí un poco obsesivo. Vine a la ciudad de México por primera vez en el año de 1952, tenía cinco años y había que tomar un barco en Progreso que se llamaba Emancipación, que solía hundirse y ser rescatado; bajaba uno en Veracruz, tomaba uno un tren y por fin llegaba a la Ciudad de México.

Así, fui traído hasta la ciudad de México por mi padre y, naturalmente, al llegar a esta ciudad, ya para entonces impresionante, me llevó a los centros de peregrinación normales: la Villa de Guadalupe, el Zócalo, el Castillo de Chapultepec, similares y conexos; no puedo olvidar que en los edificios públicos me encontré en todas partes con murales, pinturas en los muros; por eso es que esta conversación de hoy se llama “Del mural a la política”.

Con el tiempo, idas y venidas de Mérida a la ciudad capital de la República, fui viendo más y más murales —los del Palacio de Bellas Artes, los del Castillo de Chapultepec, los del Palacio Nacional— y eso de los murales se me volvió una obsesión, porque al entrar a esos edificios y ver uno de ellos, es muy difícil que se autoencuentre un yucateco; fuera de don Andrés Quintana Roo no hay casi ningún paisano dibujado en estos sitios.

A veces me encontraba al padre del juicio de amparo, a veces don Andrés Quintana Roo o Carrillo Puerto y de vez en cuando algún henequenal poblado de esclavos; pero lo que a mí más me impresionaba y me sigue impresionando de los murales mexicanos, que por cierto están muy bien pintados, es que dividen a este país nuestro y a su historia siempre en dos lados. De un lado están los colores brillantes, verdes, rojos, rosa mexicano, amarillo, blanco y, del otro, lo tenebroso, oscuro, negro, gris. Fíjense, vayan a ver cualquier mural de éstos, con excepción de los grandes de

Orozco en Guadalajara, y verán que todo mural representa a la patria y a su historia como un campo dividido cromáticamente entre los colores bonitos, entre los colores brillantes, entre lo luminoso, entre lo solar y luego lo penumbroso, lo obscuro, lo feo, lo agachado.

Luego va uno observando y ve que del lado bonito, del lado soleado, del lado luminoso y del lado brillante están los que deben ser los vencedores en la historia, siempre; y, del lado obscuro, tenebroso, subterráneo, del lado de lo monstruoso, de lo horrible, de lo grotesco y de lo negro está lo que siempre debe ser derrotado. Naturalmente hay sus triquiñuelas, porque Cuauhtémoc, que perdió siempre, está del lado de los que ganaron, y Cortés, que ganó, está del lado de los que perdieron. No se puede hacer trampa así tan fácilmente pintando y dividiendo tan tajantemente la historia, porque luego hay que poner de un color al que en la realidad le tocó otro y de otro color al que en la realidad le tocó el opuesto.

Ustedes han visto, sin duda, los calendarios que a veces reparten las carnicerías, las panaderías. Cuauhtémoc siempre es rubio y de ojos azules, luminoso; tiene que estar disfrazado de blanco para poder ser representado como vencedor; estos crímenes cromáticos siempre tienen que ver con atentados contra la verdad histórica; pero la historia es aparte. El drama de

los murales es que obliga a escoger de qué lado se va estar en la vida para siempre: si del de los que ganan o del de los que pierden. Como que uno enseguida empieza a buscar —bueno a nadie le gusta perder como no sea a la selección nacional de fútbol—, pero es que ahí como que tiene que ubicarse, como que tiene que encuadrarse a chaleco. Usted escoja, usted es de los mexicanos de mal color o de los de buen color; de los que están predestinados a ganar o de los que están predestinados a perder; usted es del lado bonito de la historia o del lado feo; a usted de qué lado de la raya le tocó vivir, cuál escogió para siempre.

En segundo término, lo que me impresiona de esto es que se supone que hay predestinados para la victoria y para la derrota. Lo tercero que me impresiona es que entre esos dos lados de la pintura no hay ninguna comunicación posible. Como si la historia y el país estuvieran condenados a una guerra hasta que cualquiera de los dos lados desaparezca y sólo prevalezca uno.

Si ustedes analizan ciertas reacciones recientes en la vida política nacional, en ciertos medios, encontrarán que hay gente que no pretende, que no puede salir del mural; que lo que quiere es que se dé la vuelta, que se vuelvan de buen color los que antes eran de malo y de malo los que antes eran del bueno o, como decía aquella canción

de protesta de los febriles sesenta y ocho, que la tortilla se dé vuelta. Pero aunque la tortilla se diera vuelta no saldríamos del mural, siguiéramos dentro, sólo que unos de color bueno y otros de color malo.

Esta es la visión de la historia y de la realidad nacional que nos pintan nuestros muralistas —y conste que yo no estoy poniendo en tela de juicio su calidad de pintores. En el fondo, mandaría demoler los murales si no fueran tan buenas pinturas, por la idea que vehiculan de la historia y de la realidad nacional.

Y esto, esta manera de pintar la historia, esta manera de pintar a México, es algo que prohíbe la política, porque la política es que todos los que estén diferentes en un mural puedan hablar y no que la muerte o la guerra acaben con el otro. La política es la negación de la guerra y el mural es la exaltación de la guerra. Por supuesto, hemos vivido una cultura belicosa durante siglos en todo el mundo; piensen en los himnos nacionales; no hay ninguno cariñoso. El nuestro es “Mexicanos al grito de guerra”. Luego, son cantos hematófilicos: “tus campañas de sangre se rieguen”. Cómo nos puede extrañar que Pancho Villa vea a un compadre y le diga: “Usted me gusta para muerto”.

Sí, hemos vivido en esta cultura, no una cultura de la política, sino una cultura de la guerra y por eso mi charla

de hoy se llama “Del mural a la política”.

Durante muchísimo tiempo, tirios y troyanos, coloridos o descoloridos, hemos estado educados, entrenados, preparados para la guerra; para ver quién acaba con el otro. No para la política, sino para ver quién destruye a la otra parte. Esto es la negación de la política; la política es el arte de buscar, de manera hablada, vínculos que comprometan y que generen bienes públicos; es la política. La guerra no es así, la guerra es hasta que te rindas o, como diríamos en Yucatán, hasta que “mates tu pavo”, hasta que no des una más.

Claro, con una educación así, con una cultura de esta naturaleza, qué difícil es en México la política; es eso que hemos visto: todo o nada; no hay manera de entenderse; huele a transa: cualquier conversación es peligrosa, cualquier búsqueda de soluciones puede representar una mala jugada; no puede haber política, tiene que haber guerra; con esto hemos vivido y con unos entrenamientos perversos que ahora generan problemas iguales pero de sentido contrario en los actores políticos.

El PRI no se puede —o en algunos sectores del PRI, los dinosaurios, no se puede— entender a sí mismo con un poco de oposición. En el PAN, los sectores dinosaurios —porque el dinosaurio es transpartidista— hay gente

que no se puede entender con un poco de poder, ¿por qué? Porque fuimos educados para la guerra no para la política; para ganar todo o perder todo. Esto tiene consecuencias verdaderamente perversas para las posibilidades de una democracia. En el PRI, si pierden una elección dicen: estamos cediendo; en el PAN, si le reconocen un triunfo: estamos transando.

La naturalidad democrática es que en un país los partidos políticos ganen o pierdan; nadie se pone esquizofrénico. En Alemania, cuando el canciller Khol tiene la mayoría del parlamento federal y la minoría en los estados, en los *lander* de Alemania, nadie se pone esquizofrénico.

Yo recuerdo, después del reconocimiento del triunfo de Ernesto Ruffo, una reunión turbulentísima del Consejo Nacional de PAN en la que alguien se paró y dijo: "Bueno, aquí está pasando algo grave, ¿somos de oposición o no somos de oposición?" Entonces, Ernesto Ruffo, con la sencillez que lo caracteriza, pidió la palabra y dijo: "Yo no sé qué seamos, pero en mi estado la oposición es el PRI". Y tenía razón; pero cómo estaremos de mal educados por la cultura del mural que el PRI no se entiende a sí mismo sin todo el poder y la oposición, los partidos de oposición, no se entienden a sí mismos sin toda la oposición; son dos errores iguales pero en sentido contrario. Negación de la política los dos,

rechazo de la política los dos, triunfo de la cultura belicosa, de la guerra y del mural, los dos.

La cultura del mural tiene como corolario, como ustedes seguramente ya habrán deducido, la subcultura del carro completo. El carro completo que puede ser el de ganar todo y también el de perder todo; el de que se vuelva uno sospechoso para sí mismo si gana. Porque a veces la derrota, cuando se vuelve una especie de segunda naturaleza política en los partidos de oposición, se convierte también en una especie de prueba de bondad moral: soy tan bueno que perdí y sigo perdiendo, y eso prueba cuán bueno soy. Porque aquí sólo se puede ganar si se es malo —que es el mural al revés. El mural nos enseña que el que gana es "bueno", pero en la oposición produce el corolario contrario: lo bueno se demuestra perdiendo, la bondad se demuestra perdiendo. Todo esto es negación de la política; todo esto es vivir insertados en el mural, en la incapacidad de hacer política desde cualquier lado que uno vea la cosa.

Ustedes recordarán que en 1986, tiempos felizmente superados, se le exigía al gobierno hacer un fraude electoral patriótico, porque si el PAN ganaba en Chihuahua ¿qué hacíamos con el mural? Iban a ganar los que debían perder. Hay un lado del mural que encarna a la Patria, el Bien, la Revolución, la Reforma, la Independencia, el

indigenismo, todo junto; el otro es el antitodo: la antipatria, la reacción, la antirrevolución, la contrarrevolución, etc. Se pedía un fraude patriótico para salvar a la patria; la "patria" derrotada en las urnas dejaba de ser patria.

Esta cultura del mural es de la que estamos empezando a salir, afortunadamente, en el México de hoy pero con mucha dificultad. A los que más trabajo les cuesta salir es a los que estuvieron mucho tiempo de un lado del mural y un día pasaron al otro con fervor de conversos, no importa de qué lado a qué lado; ustedes oirán por ejemplo a algunos católicos, ahora que se cambió el 130: ¡Ah no, ahora nos pasamos del otro lado y agarramos toda la sartén; ahora sí, ya nos toca!

Veán lo que pasa con los panistas, los perredistas, sobre todo perredistas ex priistas: en éstos el drama es total porque en el momento en el que se empezó a romper el mural se metieron a otro; empezaron a revivirlo. En cierto panismo muy tradicional sucede lo mismo; recuerdo un discurso en un aniversario de mi partido, en el que el orador dijo algo que es la cultura del mural sólo que en azul: "Pues miren, el tiempo de la conquista estaba más o menos bien porque se predicaba el evangelio; comenzaron los problemas con la Independencia; después la Reforma que ya fue una desviación muy grave; la Revolución, Dios nos libre. Quedaba una llamita que era el PAN,

pero ahora el PAN ya ganó una gubernatura y se empieza a pervertir".

Al oír ese discurso me decía: "¡Caray, no vamos a salir nunca, porque es lo mismo que dice el PRI, pero en contrario! Esto es un priismo azul, es una cultura de la derrota: más valen diez años de prisión que diez años de diálogo." Una cultura de esta naturaleza viene del mural.

Ustedes piensen que el mural no solamente es llevado a ver desde los días de la escuela; sistemáticamente es parte de la clase de historia, de civismo ir a ver los murales. Pero, además, los murales están reproducidos en los libros.

Entonces, esta es una especie de atmósfera en la que vivimos los mexicanos, contraria a la existencia de una cultura política y por tanto de una cultura democrática. Es la cultura de la guerra, de la aniquilación del distinto, de la aniquilación del adversario, de su liquidación; yo creo que esta cultura del mural y sus corolarios políticoelectorales de la subcultura del carro completo o del fraude patriótico son los principales obstáculos con los que hoy topamos los mexicanos para acceder a una normalidad política democrática. Ahora se le llama "modernidad", pero no es más que la normalidad política democrática. En países tan difícilmente complicados como El Salvador, nadie ha objetado elecciones. En El



Salvador, a pesar de la situación que ha vivido, nadie se ha quejado de los procesos electorales; aquí nos quejamos todos. Hay más cultura democrática allá que acá. Hay más murales aquí que allá, el muralismo en la historia de América Latina es muralismo mexicano; no hay muralismo venezolano, ni ecuatoriano ni chileno; hay muralismo mexicano: es el de la cultura de la guerra, no democrática, no política.

Si nosotros pensamos en lo que los autores contemporáneos nos dicen que es la política, veremos cómo es contradictoria con el mural, con la cultura del mural. Los autores contemporáneos nos dicen que la política es el establecimiento de un orden vinculante capaz de generar bienes públicos por medio del diálogo o la polémica. Es decir, la política es una cosa de palabras; no como decían los medievales, de *flatus vocis*, de música de viento, porque uno busca con la palabra un orden vinculante, es decir algo que me obliga a mí como te obliga a ti. Es un vínculo, es una definición en la polémica o en el diálogo pero de un orden vinculante, que genere bienes públicos. ¿Cuál es el primer bien público? La política misma es el primer bien público que genera la política, si es que se hace así, como definición dialogada o polémica, de un orden que vincule; ese es el primer bien público. Si podemos tener eso, podemos tener los demás bienes públicos; hay una primacía de la política en la generación de bie-

nes públicos. Sin la política, el bien público no se alcanza a generar ¿por qué? Porque volvemos a la cultura del mural. ¿Se puede definir el bien público por medio de la colisión violenta? Creo que no, porque el bien público es bien de todos; si se define por la colisión violenta lo va a definir el que gane, va a ser el bien privado del más fuerte, impuesto como bien público, por eso yo creo que debe definirse a la política como diálogo, como vinculación, como obligación recíproca y ése es el primer bien público; una vez existiendo este bien público original y originario que es la política, entonces los demás bienes públicos —eso que son las leyes, las calles, el alumbrado, los impuestos— vendrán.

La política es el triunfo de la palabra sobre el arma; del *logos*, es decir, de la palabra de razón sobre el biceps; creo que es lo que nos ha hecho falta en nuestro país: este bien público que es la política que significa, en buena parte, la negación de tantos años de cultura del mural.

En este sentido, la política es lo más humano que hay, si es así entendida. ¿Por qué? Primero, porque no se agota en la relación individual sino despliega la sociabilidad natural del hombre; segundo, porque la despliega por medio del instrumento más humano que hay que es la palabra racional. La palabra racional tiene varios ámbitos: tiene uno interior que es la palabra que se

dice uno a sí mismo en la conciencia; tiene un ámbito exterior que es el derecho: los abogados dicen *jus semper loquitur*, que el derecho siempre sea dicho, o sea, el derecho es palabra, y tan es palabra que el derecho se define en el parlamento, se hace en el parlamento, se legisla hablando, discutiendo, dialogando, obligándose. Y el derecho obliga, crea vínculo. La palabra, en fin, también es diálogo, es *logos* que corre "a través de" palabra razonable y racional que intercambiamos entre seres humanos racionales de manera razonable; eso es la política misma. Sustituirla con otras cosas, con versiones enguantadas de la guerra, de la cultura del mural, es renunciar a la política y renunciar a la democracia y renunciar al bien público.

Por eso afirmo aquí en esta charla —y suelo decirlo de múltiples maneras en mis artículos, en mis conferencias, cuando tengo la oportunidad de que me inviten a hablar—, que hay que pasar, como dice el título de esta charla, del mural a la política; que tenemos que ser capaces los mexicanos de superar la cultura del mural sin demoler los murales porque son parte de nuestra historia, de nuestra historia cultural, política y pictórica; pero que tenemos que salirnos de ellos para poder hacer el México del mañana. Son la historia del México del ayer y hay que aprender, pero no podemos quedarnos ahí, no podemos ser administradores del pasado, tenemos que ser creadores del

futuro y el futuro es político, no es belicoso —a menos que estemos pensando en un México a la yugoslava lo que creo que sería verdaderamente trágico.

Y, dentro de este ámbito de la superación de la cultura del mural y de sus corolarios, la subcultura del carro completo, la del fraude patriótico, la del todo o nada, la del aplastamiento, aniquilación o supresión del diferente, algo como el Instituto Federal Electoral es fundamental, porque las leyes electorales y los encargados de hacer que se apliquen son los que pueden dar el cauce para una salida no muralista del mural, para que haya política y no guerra; quiere decir que vayamos encontrando entre esos dos lados la manera de ir difuminando los colores y aceptar que hay colorido y obscuridades y luminosidades en todos los lados del mural.

Dicho de otro modo, la política no es una guerra entre ángeles y diablos, sino una búsqueda entre seres humanos que piensan diferente, que tiene que tener un cauce legal para que esta diferencia se traduzca en convivencia posible, pacífica y capaz de poner las bases para que todos puedan vivir dentro de la misma pintura.

Hay quienes piensan que la política es para definir cosas muy importantes como el bien, la verdad y la belleza. Eso es para los filósofos. En la política tenemos que ser capaces de crear el

país en el que se pueda discutir sin matarse qué es verdadero, qué es bello, qué es bueno. Es más modesta la política, y para esto es fundamental la existencia de instituciones como ésta y de personal profesional de la política como ustedes. Ustedes son una especie de cuerpo constructor de la posibilidad de un México con política y no con guerra; eso es el personal, cuando menos así lo imaginé yo cuando participé de algún modo en la creación de la ley —porque yo era diputado en ese entonces— que daba origen al Instituto Federal Electoral.

Necesitamos, pues, instituciones y personas que nos ayuden a salir del mural y entrar a la política para que México sea capaz de crear el orden vinculante que genera los bienes públicos. Vivimos en un momento de transición, es cierto, —quién más que los que estamos en estas cosas o en estos avatares lo sabemos. Un tiempo de transición que se parece mucho a aquél que describían los teólogos españoles del siglo XVI, que son los mejores filósofos políticos del mundo moderno (hay que volver a leer a Vitoria, a Suárez, a Soto, a Báñez), pues son los que inventaron el pluralismo, son los que inventaron indudablemente los derechos humanos, son los que inventaron el derecho internacional, son los padres de la ONU, de la posibilidad de un mundo sometido a un imperio, el del Derecho, y no al imperio de un emperador.

Cuando ellos hablaban del mundo que les tocó vivir, que es el mundo entre la Edad Media y el Renacimiento, decían: “Estamos en un momento en que la ley ya no es verdad, pero la verdad todavía no es ley, es un momento de transición”. Así son las transiciones. Dicen que esta frase la inventó Gramsci, pero la idea es más vieja que Gramsci: la inventaron en la Universidad de Salamanca a donde se fue a sentar Carlos V a un pupitre, a que le dijeran cómo había que hacer las leyes que protegieran a los indios. No se respetaron las leyes pero se inventaron; aquí nunca fue legal la esclavitud. En cambio uno de los padres de la patria norteamericana, Jefferson, tenía esclavos, era un esclavista a pesar de todo lo que escribió.

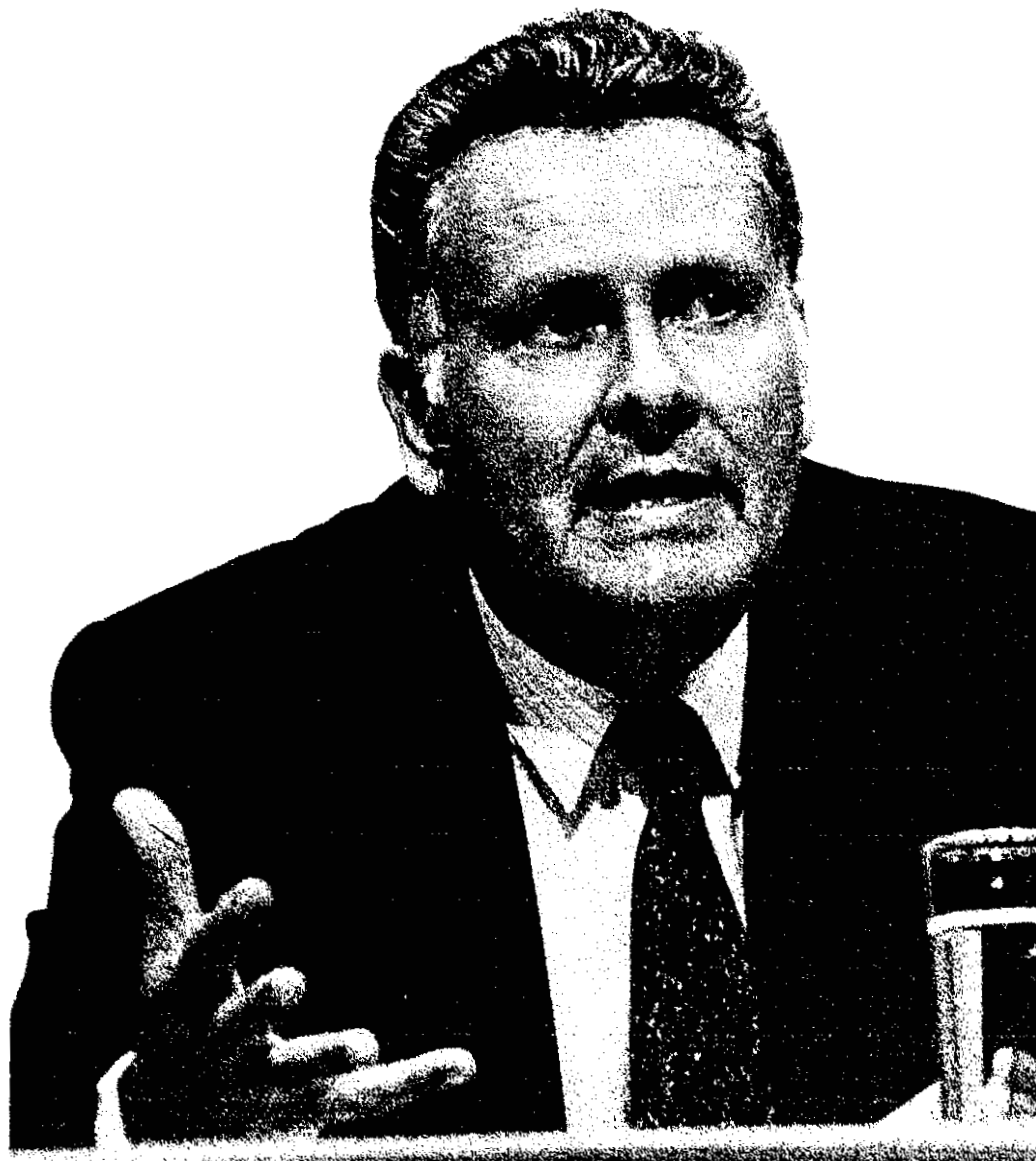
Estamos viviendo una transición así, y en estas transiciones es cuando más se necesita la política como definición polémica de un orden vinculante capaz de generar bienes públicos. ¿Por qué? Porque las leyes antiguas a veces ya no sirven y las nuevas todavía no existen y entonces es el momento de lo que se llaman las “soluciones políticas”; hay que encontrarlas hablando. ¿Por qué? Porque precisamente se está en una transición, en un momento de creación de nuevas leyes, de instituciones, de generación de éstas, de producción de éstas y creo que son los momentos en que los que más debemos hacer el esfuerzo de abandonar la cultura del mural y sus lamentables

corolarios políticoelectorales.

No, no suelo hablar mucho tiempo, creo que es un crimen, en primer lugar contra el auditorio y en segundo lugar contra mis amígdalas. Si algo queda de estos cuarenta minutos que he habla-

do, yo pediría que quedara esto: Necesitamos un México con cultura política y no con cultura de guerra, un México que salga del mural y entre a la vida política.

Gracias.



# PERFILES DE CONDUCTA POLITICA EN MEXICO

Versión estenográfica de la conferencia dictada el 3 de septiembre de 1992 en el auditorio del Instituto Federal Electoral

*Raúl Béjar Navarro*

Licenciado en Sociología y doctor en Psicología Social, de la UNAM.

Cargos académico-administrativos: Secretario General y Jefe de los departamentos de Ciencia Política y Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Director de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Acatlán de la UNAM.

Secretario General de la UNAM.

Actualmente Director del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.

Libros publicados: *El mito mexicano*, 1968; *Historia de la industrialización del estado de México*, 1970; *El mexicano: aspectos culturales y psicosociales*, 1979; *La conciencia nacional en la frontera norte de México*, 1988; *Bases teóricas y metodológicas para el estudio de la identidad y carácter nacionales*, 1991.

Ha publicado artículos en revistas especializadas y de divulgación.

Cuando se invita tan abiertamente a exponer tesis, derivadas de la  
investigación, sin restricciones ni cortapisas, se percibe la satisfacción  
de estar participando en un medio institucional de altura intelectual  
y política. Con mi agradecimiento 3-9-92

Raúl

Cuando se invita tan abiertamente a exponer tesis, derivadas de la  
investigación, sin restricciones ni cortapisas, se percibe la satisfacción  
de estar participando en un medio institucional de altura intelectual  
y política.

Con mi agradecimiento 3-9-92  
Raúl Béjar Navarro

## PERFILES DE CONDUCTA POLITICA EN MEXICO

---

Quiero agradecer a las autoridades del Instituto Federal Electoral su gentil invitación para exponer ante ustedes, por una parte, una serie de reflexiones relativas a los comportamientos políticos en nuestro país y, por otra, algunos conceptos básicos acerca de la identidad y el carácter nacional en nuestro país.

El tema de la identidad es muy complejo y de hecho se empieza a manejar ahora en muchos escenarios, debido sobre todo, a la inminente firma del Tratado de Libre Comercio. Muchos sectores de nuestra sociedad están preocupados ante el potencial económico, militar y político de los Estados Unidos cuando observa la enorme distancia que nos separa en esos terrenos. Consideran la factibilidad de que en el futuro nuestro país sea absorbido, incorporado a la Unión Americana. En la Universidad he tenido oportunidad de dar una serie de conferencias para los estudiantes que mostraban este tipo de preocupaciones. Lo que contri-

buye a comprenderlo es que una cosa es lo que está aconteciendo en la dimensión económica y otra sus repercusiones políticas. Una dimensión aún más compleja, es la que se podría dar en dimensiones psicosociales relativas a la identidad.

De ahí que, para sentar las bases de mi ponencia en la esperanza de que posteriormente despertará alguna inquietud en ustedes, me voy a permitir exponer cuáles serían los elementos conceptuales más importantes de la investigación que he estado realizando con el Dr. Héctor Manuel Cappello, durante seis años a lo largo del país y, posteriormente, fijar algunas posiciones metodológicas que también pudieran servir de referente a una serie de temas cuyos tratamientos, son especialmente delicados por ser tabúes en muchos escenarios políticos de México.

La estructura de esta ponencia contiene cinco puntos básicos: El primero integra una reflexión sobre la



identidad en la sociedad mexicana actual. Posteriormente otras sobre el concepto de identidad, las tipologías institucionales y luego las manifestaciones populares de la identidad nacional a través de cuatro dimensiones: la religión, la etnia, la bandera, la moneda... para citar solamente algunas.

El primer punto sobre la identidad de la sociedad mexicana actual, expuesta de una manera muy sintética y que tengo mucho más desarrollada en el libro que mencionaba el maestro Brodziak, sobre las bases teóricas y metodológicas para el estudio del carácter y la identidad nacional, establecería los siguientes conceptos:

Los ciudadanos de un país requieren de símbolos que den un significado al propio yo que tienda a constituir y restituir así el equilibrio simbólico de toda la sociedad. Un problema central al tratar la identidad nacional, es la elaboración de elementos que permitan la configuración de ideales simbólicos, algo capaz de investir de significado a la persona, algo a lo que pueda asirse, ayudado por las reacciones cooperativas de los demás.

El momento en que la sociedad falla en proporcionar a sus miembros una identidad adecuada, es precisamente el momento de la perturbación de los símbolos; cuando éstos ya no sirven como puntos válidos de referencia y dejan de connotar el nivel social de las

personas, su terruño, su estilo, su vida, su culto religioso, sus místicas, en fin, todo aquello que le sirve para ubicarse en la sociedad, para vivir emocionalmente satisfechos y para saber decir quiénes son a los demás y así mismos.

Esto que les expreso de manera sintética, lo he vivido y analizado también desde la perspectiva académica y desde la política, a través del contacto con grupos de profesores y estudiantes chicanos.

Existe una distorsión seria en la personalidad de los chicanos, en la medida en que tienen una ubicación doble. Una parte de sus raíces es de origen mexicano, es savia mexicana. Sus referentes culturales son mexicanos y, por otra, contienden con la nacionalidad norteamericana, con el idioma inglés, con las escuelas y las formas de aprendizaje propias de los Estados Unidos, con el servicio militar de ese país.

Por lo tanto, cuando ellos requieren la identificación de su persona, de su grupo, de su familia, de su país, se presenta una ambivalencia de identidad relativa a la nación con la cual ellos se identifican y están dispuestos a trabajar en un momento dado, a sacrificarse por ella.

Obviamente, de acuerdo a lo que he podido investigar en nuestro país, el problema no es tan grave, ya que tenemos muchos referentes de tipo

histórico, de tipo cultural que nos anclan en este país; que nos hacen quererlo, y que nos hacen vivir como lo hacemos entre otras cosas. Yo los invito a reflexionar también en el hecho de que hay otro grupo muy importante de mexicanos que a pesar de tener ese tipo de identidad emocional con el país, lo dejan para irse a trabajar a otra nación.

Inicia así un proceso de trascultura-ción muy interesante que está posibilitando la formación de otra cultura y otro referente de identidad en los Estados Unidos. De ahí que el concepto identidad nacional, tal como lo expongo definiéndolo como una necesidad societaria, es uno de los elementos fundamentales en la investigación que estoy realizando.

Por otra parte, cuando uno se aproxima al nivel analítico de lo que es la identidad, si a uno le preguntan qué significa identidad, vemos que este concepto se usa en las ciencias sociales ya de manera generalizada desde hace unos cuarenta años, y que desde la dimensión filosófica, significa simplemente el encuentro con uno mismo, la mismidad, la forma en que uno se siente, se relaciona con lo demás y se distingue.

Esta identidad individual es también algo complejo, difícil de definir, sobre todo porque la identidad de

una persona varía con el tiempo. Cuando se empieza a sentir el peso de los años nos percatamos de que uno no es el mismo. Si le preguntan a una persona de setenta y cinco años cómo era a los diecinueve años, seguramente ya no se acuerda de nada. Por lo tanto es una persona que perdió su identidad de joven. También hablamos nosotros de la pérdida de identidad cuando tenemos una ofuscación de tipo emocional prolongado y fuerte.

Veamos otro ejemplo: una persona que tiene un enamoramiento muy violento, una gran pasión amorosa dice que estaba fuera de sí. Si alguien le pregunta por qué se comportaba así, contestaría: bueno, es que yo no era yo. Esto quiere decir que su identidad estaba ya ubicada en otra dimensión, que en ese momento ya no controla, ya no era él mismo.

Por lo tanto la identidad individual es un concepto que estudia la filosofía y también la psicología. De ahí es posible desprender otra dimensión muy interesante referente a la identidad del grupo, integrada por las formas de comportamiento social de las personas que les permiten defender sus intereses. Quizás enmarcada en un referente más amplio, esa identidad de grupo que es tan común, puede volverse una identidad regional, la identidad estatal o simplemente una identidad de barrio.

Otro concepto que hemos tratado de

analizar con mayor rigor es el de identidad nacional, con el que se identifican las personas de un país para sentirse nacional. Y claro está, aquí se requiere ya de un desglose metodológico que a nosotros nos pareció conveniente hacerlo desde el punto de vista de las instituciones de un país.

Ustedes recordarán el surgimiento del Estado-nación, en el caso mexicano a principios del siglo pasado, el cual se consolida durante la república de Juárez y además se van dando una serie de elementos que van configurando al nuevo Estado. Ahí nosotros consideramos el surgimiento de las instituciones que dan cuerpo y que dan vida al Estado nacional. Y de esta forma, a todas las instituciones relacionadas con la administración pública: las instituciones vinculadas con la justicia, las instituciones que dan cuerpo, desarrollo y vida a los partidos políticos, las instituciones que vinculan de una manera directiva a los individuos. Es decir, aquellos referentes a la organización del Estado que ubican a los individuos dentro de las instituciones. Es en principio una reciprocidad de obligaciones, en otras palabras: el Estado norma la vida social de los ciudadanos y los ciudadanos esperan en correspondencia que las instituciones sean recíprocas como pago a los servicios, a las contribuciones y al sostenimiento que hacen de ellas.

Recuerden ustedes que uno aprende de niño lo que es un servidor público. Se piensa que éste es una persona que trabaja para la administración, que está dentro de una institución y que proporciona servicio a los ciudadanos. Esto me parece importante porque es en este referente de instituciones directivas que les estoy refiriendo, derivadas del Estado, donde hemos encontrado una gran cantidad de matices. Sin embargo el desglose final es que los mexicanos tienen poca identidad con las instituciones directivas del Estado-nación mexicano.

En otras palabras: cuando se pregunta al común de las personas, qué es lo que piensan, qué esperan, cuál ha sido su experiencia en su relación con representantes de las instituciones nacionales, el nivel de identidad es realmente bajo. Esto lo hemos cotejado con algunos grupos piloto de mexicanos que van a vivir a Estados Unidos o bien mexiconorteamericanos ya residentes en ese país, a los que también se les han hecho preguntas relativas a las instituciones directivas del Estado. Por ejemplo a mexiconorteamericanos de la ciudad de Brownsville y de Harlingen en la frontera de Texas con México, los encuestamos haciéndoles una serie de preguntas acerca de lo que deseaban o sentían como más sólidos en su vínculo con las instituciones de los Estados Unidos. Se les preguntó qué opinaban de la administración

de la justicia en ese país, los datos, los puntajes salían notablemente más elevados que cuando se hacían las mismas preguntas en México.

Igualmente el comportamiento y la conducta relativa a los representantes institucionales en México y Estados Unidos, nos dio también lineamientos para pensar que había una gran diferenciación. Por ejemplo, en las ciudades de la frontera desde Matamoros, Río Bravo, Reynosa hasta Laredo, todas del estado de Tamaulipas básicamente; veíamos que el mexicano que cruzaba el puente, que cruzaba la frontera, inmediatamente se volvía un ciudadano mucho más respetuoso que en nuestro país. Por ejemplo: respetaba los altos, trataba de cruzar por las esquinas de las calles, guardaba un comportamiento mucho más respetuoso con otros ciudadanos, no tiraba papeles, no escupía en las calles, parecía un ciudadano de alto sentido cívico; sin embargo, cuando regresaba a México, su forma de conducta volvía otra vez a los comportamientos a que nosotros estamos habituados y esto también se manifestaba en su trato con las policías, con las autoridades y demás.

Por lo tanto el referente institucional de comportamiento del mexicano en Estados Unidos en relación a esas instituciones del Estado-nación, es muy distinto al que se presenta en nuestro país.

La otra parte de las instituciones que hemos estado estudiando se refiere a la dimensión emotiva, aquellos aspectos que gratifican sentimentalmente a una persona y que los hacen adueñarse de los elementos que identifican a una nación.

Por ejemplo: en nuestro país una de las preguntas más comunes es la que hacemos en relación a cuáles son los símbolos nacionales que tienen características afectivas: la respuesta más frecuente es: la virgen de Guadalupe a la que se considera como símbolo nacional, surgen también los bailes regionales, la música, la comida, los héroes de nuestro país, la bandera, el escudo, el himno; todo esto como una forma de vinculación emotiva con estos referentes que nos hacen sentirnos como mexicanos.

Y si nosotros nos preguntamos aquí en esta sala, ¿qué es lo que nos hace sentir mexicanos?, probablemente tengamos referencia inmediata a lo que aprendimos durante nuestra formación escolar. ¿Por qué?, porque es nuestra extracción ciudadana urbana y derivada básicamente de las clases medias. Por lo tanto, lo que asimilamos de los símbolos del Estado-nación de México están referidos a lo que aprendimos en la escuela, lo que aprendimos en el seno familiar, lo que discutimos en el barrio imbuido de todas las tradiciones vernáculas que vamos asimilando desde

que somos niños. Sin embargo, un mexicano que escuche el himno nacional fuera de su país, inmediatamente tendrá una reacción emotiva porque es uno de los símbolos de este Estado-nación, que hace que nosotros nos sintamos mexicanos.

Ahora bien, uno de los problemas que estamos analizando desde el punto de vista institucional es aquel que se refiere al hecho de que las instituciones contienen las dimensiones afectivas de cada uno de nosotros, junto con las instituciones directivas del Estado-nación. Estas presentan una gran diversidad y a la vez contradicciones cuando uno analiza la dimensión institucional directiva.

Por ejemplo: mucha gente se identifica con la religión y sobre todo con símbolos nacionales tales como la virgen de Guadalupe, pero no se identifica con la Iglesia. Fíjense ustedes: la dimensión Iglesia-institución no tiene el mismo poder ni el mismo consenso nacional de referencia que un símbolo emotivo, tradicional, popular, mexicano como es la virgen de Guadalupe. La cual si ustedes se acercan a los libros que han estudiado en profundidad esto (hay un espléndido libro al que le hizo el prefacio Octavio Paz) observarán ustedes que ven en esta imagen, un símbolo maternal de protección, de compasión, de ayuda, obviamente de tipo sobrenatural. Por lo tanto el referente de la virgen de Guadalupe en su

dimensión popular no tiene que ver con la Iglesia institucionalizada. Sin embargo, este mismo símbolo sirvió para la creación del Estado-nación mexicano. Recuérdenselo ustedes, el estandarte de Miguel Hidalgo, pero ya no fue funcional posteriormente a mediados del siglo para consolidar la modernización del Estado mexicano. Tan es así, que cuando uno analiza el punto de vista de la Iglesia en nuestra historia y lo compara con lo que acontece con esa misma organización institucional en otros países, concretamente en Estados Unidos, vemos la gran distancia que hace diferentes a los mexicanos respecto a su identidad religiosa, y lo que son los Estados Unidos, país que se origina básicamente con migrantes a partir del siglo XVII que vienen huyendo de persecuciones religiosas. Los países anglosajones fueron la punta del inicio de la Reforma y España se quedó precisamente anclada en la contrarreforma. Por lo tanto, todas las colonias de Inglaterra llevaron la simiente de la reforma religiosa, la reforma de libertad de conciencia, que permitió la gran diversidad que se tiene en este momento de distintas iglesias.

De esta suerte, el referente religioso en Estados Unidos representó el origen de su Estado, una multiplicidad de Iglesias que tenían que conceder tolerancia para poder sobrevivir, ya que no había una lo suficientemente fuerte para sobreponerse a las otras. Cuando uno analiza la actividad religiosa en Estados Unidos,

se observa que todos los presidentes manifiestan su religión, van a la misa de acción de gracias, van a la misa de Navidad, tiene en su moneda y en todos los billetes la leyenda *In God We Trust* (En Dios Confiamos), en fin, no tienen ningún temor para hablar de la religión, precisamente porque ésta se convirtió en un elemento secular integrado a su proceso de identidad.

Este mismo elemento, en nuestro país, tiene una dimensión totalmente distinta. Primero, porque la Iglesia como institución no podía ser incorporada al nuevo Estado-nación. Y aquí quizá ustedes puedan ver otra razón de por qué la Iglesia y el Estado en México se mantuvieron tan ferozmente separados siendo un país esencialmente católico. Sí, es esencialmente católico pero no con los referentes de control políticoeconómico de la Iglesia, sino con formas de religiosidad, tales como el sincretismo religioso derivado de las culturas prehispánicas.

Por lo tanto, lo que acontece en nuestro país a mediados del siglo pasado en relación a la formación del Estado-nación fue la creación de los símbolos políticos de referencia de un Estado moderno.

Como este último no puede incorporar el elemento religioso, lo que hace es crear una religión secular, en la que los símbolos son seculares no sobrenaturales, que de una u otra forma

están referidos a los símbolos de la Iglesia católica. Si no creen ustedes en esto, los invito a que caminando el Paseo de la Reforma vayan viendo los iconos similares a los del templo, pero en forma de héroes de la Reforma. Llegan a la glorieta del monumento a la Independencia ¿y qué encuentran en su interior? Está una lámpara votiva permanente, o sea, una veladora, ¿y quién está ahí enterrado? Pues los héroes, las reliquias.

También se da una procesión, o si ustedes quieren el equivalente a una procesión, con las manifestaciones y desfiles, pero éstas son cívicas. Y ustedes recordarán que durante el periodo del licenciado Echeverría, se hizo un paseo de la carreta de Benito Juárez por todo el país, con guardias, con ceremonias, con homenajes como si se tratase de la carroza del santísimo. En otras palabras, hay un paralelo de cambio de símbolos de una Iglesia trascendente a una inmanente pero de tipo laico.

Ahora bien, este elemento creo que es importante porque ha mantenido esta división y esta pugna que ha venido presentándose en los últimos meses en otro nivel, aunque todavía hay mucha gente en nuestro país que está extraordinariamente recelosa de lo que representa la Iglesia como poder político.

Así mismo les invito a hacer la reflexión siguiente: ¿por qué se dan de esa manera las cosas en nuestro

país, cuando las bases políticas y los referentes constitucionales de México son muy similares a los Estados Unidos? Dicho en otras palabras; si uno recuerda al federalista de Hamilton, se descubren una gran cantidad de elementos que están incorporados en nuestra propia Constitución.

Así pues esta dimensión, de la religión como uno de los elementos de identidad popular, me parece relevante y vale la pena profundizarla tratando de entender no solamente las raíces, sino también la forma en que reacciona la gente frente a un concepto que pudiéramos incluir en la cultura popular.

Hay otro factor de identidad de naturaleza compleja en nuestro país, pero que tiene una enorme fuerza, una gran vigencia y que rehuimos en muchas ocasiones reconocer que existe: el de la diferenciación étnica.

Si ustedes también recuerdan los orígenes del poblamiento de México, verán que en los trescientos años que duró el dominio colonial, solamente se dio un 10% de inmigrantes españoles, el resto era una composición compleja dividida en castas. Estas eran una combinación que se iba estableciendo entre los distintos matrimonios interraciales dando lugar a nuevas generaciones que tenían como referente el origen étnico de los padres. Naturalmente esto, después de algunas déca-

das, se empezó a enredar y el departamento de la Colonia, que tenía como misión definir qué tipo de etnia nueva salía cuando se unía por ejemplo un cambujo con una saltapatrás; percibió la complicación, procediendo a inventar nuevas categorías, nuevos conceptos, muchas veces con nombres de animales.

Había, por ejemplo, el lobo, el barcino, el coyote y algunos productos de las relaciones entre las castas que eran totalmente artificiales, por supuesto, quedaron en nuestro país y se consideran como orgullos regionales. Si se visita el estado de Veracruz, se percibe realmente un sentido de identificación con el estado muy fuerte, de una gran presencia, del orgullo de ser jarocho. Sin embargo, ser jarocho era una forma combinatoria de casta como lo era también el de china en el estado de Puebla.

Lo que quiero expresar con esto es que existía una profunda diferenciación de los habitantes de la Nueva España por razones étnicas. Cuando México se vuelve independiente y después se consolida aún más bajo la presidencia de Benito Juárez ya como una república; quienes subsisten son los grupos dominantes tradicionales; los criollos blancos y un estrato menor de mestizos, cuya diferenciación con el indígena mexicano era total. En otras palabras todo lo que se iba haciendo con referencia al indígena estaba en

términos de su cultura prehispánica pero no de su presente desarraigado. Y si nos ubicamos a mitad del siglo pasado y tratamos de comprender lo que está aconteciendo ahora, verán que se han diseñado muchas políticas en nuestro país que hacen patente la conciencia de este grave problema que tenemos en México, muy difícil de resolver debido al profundo conflicto histórico que arrastra.

Más aún, Porfirio Díaz tuvo la idea de "blanquear" a México, invitando colonos, sobre todo italianos, a que vinieran a vivir a este país, a que procrearan con mexicanas y así la relación con la etnia blanca pudiera mejorar a los mexicanos. En Atlixco, Puebla y en Lombardía y Nueva Italia, Michoacán, donde todavía se encuentran los descendientes de esos inmigrantes italianos que vinieron con el propósito de blanquearnos, porque se suponía que solamente el blanco tenía las facultades, la inventiva, la inteligencia de poder desarrollar al país.

Si ustedes hacen otra reflexión en relación al origen de nuestros ancestros, casi no hay familia, sobre todo de clase media mexicana urbana que no diga que tienen un antepasado español. Uno puede traer un automóvil japonés, alemán, norteamericano o de donde sea y se proyecta un orgullo tecnológico por poseerlos, pero cuando se habla de etnias el referente normalmente es el español, todo mundo

tiene un antepasado español. Aquí yo les pregunto: quién de aquí puede levantarse decir orgullosamente: tengo un antepasado azteca y mi árbol genealógico esta definido en esta forma.

No se trata de eso en nuestro país. En otras palabras, el referente étnico indígena es el referente del vencido, del doblegado, al que hemos marginado. Pregunto también: ¿por qué en México tenemos un Instituto Nacional Indigenista? ¿Por qué teníamos una Dirección General de Asuntos Indígenas? ¿Dónde estaba la de los criollos y la de los mestizos y demás? Esto significa que había conciencia de esta separación y de la ubicación de núcleos de mexicanos totalmente marginados. En la actualidad, el 10% de nuestros paisanos son indígenas considerados por los antropólogos culturalmente "puros" todavía. Aunque sea entre comillas. Pero somos más de ocho millones de mexicanos y las combinaciones que se han dado lo que se considera como cultura y como problema indígena. Esto todavía, les vuelvo a reiterar es una cuestión aún sin resolver en nuestro país desde el punto de vista étnico.

Ahora bien, hay otros muchos símbolos que invitan a reflexionar en torno a la identidad de México con sus referentes nacionales. Uno de los que surgieron en el siglo pasado es el Himno Nacional. Ustedes recordarán cuando se festejó el Centenario del Himno Nacional. Esto nos hizo pensar en:



¿Qué era lo que se cantaba y tocaba en México antes de que existiera un Himno Nacional a mediados del siglo pasado? Pues lo que tenía México por himno, lo que se tocaba en las ceremonias y demás, era La Marsellesa, nuestro referente musical era La Marsellesa francesa, claro está que como símbolo de libertad, como símbolo de igualdad, de liberación, pero era La Marsellesa.

Después emerge la bandera. Su historia, con sus colores, escudos, surge hasta consagrarse como otro de los símbolos importantes para nuestro país. Noten ustedes que la bandera, el escudo y el himno en nuestro país se han sacralizado, no tenemos un uso indiscriminado de estos símbolos nacionales, sino que está reglamentado incluso constitucionalmente. Si mal no recuerdo fue durante la presidencia de Díaz Ordaz cuando se definió cuándo se podía usar el lábaro, cuándo el escudo, los colores, etcétera.

Sin embargo, puede compararse cómo se usa la bandera en otros países, que puede parecernos irrespetuosa. Probablemente donde esté más divulgado el uso de ese emblema nacional sea precisamente en Estados Unidos, lo ve uno en calzones, en chamarras, en cachuchas, en puestos de *hot-dogs*, en todos lados emplean su bandera. Muchos de los atletas que fueron a la olimpiada llevaban su bandera en las toallas, en el traje de

baño y demás. Sin embargo, en nuestro país no. Es un símbolo mucho más vinculado a esa forma sagrada laica que les mencionaba anteriormente. Fueron aquellos referentes del Estado-nación que surgieron precisamente para sustituir aquellos que de manera natural se estaban dando entre la población mayoritaria de nuestros país.

Claro está, uno también se identifica a veces con su moneda. Sobre todo los países que tienen monedas muy fuertes. Para un alemán entonces su marco poderoso lo lleva a cualquier lugar del mundo. El franco francés también, lo mismo el dólar. Nuestro peso antes de que se devaluara tanto también era motivo de orgullo. Cuando uno viajaba a España antes de las devaluaciones agudas, los pesos mexicanos valían, y claro está, éste tenía su referente en su origen. Se trataba de una moneda cuyo peso tenía una equivalencia en oro. Y ahí viene la palabra peso porque a las monedas de oro, había personas que les rascaban un poquito a cada moneda a fin de ir haciendo montoncitos de oro, de modo que cuando las querían cambiar y quienes las deberían recibir las veían con demasiadas estrías, las rechazaban. Por ello había básculas para pesar el oro, procedimientos para determinar su ley. Ese peso coincidía con el valor nominal de la moneda y es lo que dio origen al nombre de nuestra unidad monetaria.

Eso también se vuelve, en un momento dado, un motivo de orgullo para los nacionales. ¿Cómo ven los mexicanos su moneda? Y cuando ésta se devalúa ¿no es verdad que uno se siente también un poco devaluado?

Igualmente sucede con el idioma, en México nosotros hablamos en castellano, no tenemos ningún empacho en hablarlo en cualquier sitio, pero en Estado Unidos hay muchos mexiconorteamericanos que evitan hablar en español porque consideran que es una lengua de segunda. Así lo han considerado quienes viven en las zonas de Estados Unidos donde se practica la discriminación.

Tuve la oportunidad de participar en una investigación dirigida a un grupo indígena mexicano: los pimas en el norte de Sonora.

Hablaban su lengua tradicional y con muchos trabajos aprendían el castellano, éste último en relación con su lengua indígena, era un referente de *status* social. Quien hablaba el castellano tenía una posición más elevada que los que eran monolingües. Su gran desazón surgía cuando hablaban castellano en los Estados Unidos en donde consideraban al castellano como lengua de segunda, y esto claro está, les generaba una gran confusión de tipo cultural.

Todos los elementos que les he mencionado están descritos con más detalle en lo que hemos publicado. Incluyen a la familia, el barrio, referentes de lo que nos puede, en un momento dado, identificar como mexicanos.

Ahora bien, lo que a mí me preocupa son los resultados que se han venido observando a lo largo de la investigación realizada en cincuenta y seis ciudades en la República mexicana. Los datos demuestran una constante de falta de identidad del mexicano con sus instituciones; y si el mexicano no se identifica con éstas, con su Estado-nación, se genera un gran vacío, va quedando un gran remanente de personas que no están vinculadas con su gobierno, con los símbolos de la soberanía nacional, con su territorio y esto, evidentemente, requiere de un cambio a muy corto plazo. Si esto se analiza con detenimiento, ustedes pertenecen a un Instituto muy importante para este país, en el marco de los procesos de cambio que se están dando. Si continúa el abstencionismo en los distintos procesos electorales, ¿qué es lo que esto significa? ¿Hay confianza o no en los procesos electorales, en las instituciones que controlan esos procesos? ¿Hay confianza o no en los partidos políticos? ¿Qué es lo que pasa con los grupos espontáneos que surgen en la ciudad de México,

que no están vinculados a ninguna institución, ni tampoco a ningún partido político y sin embargo son asociaciones civiles que están teniendo cada vez mayor presencia?

Otro factor de conflicto que tiene nuestro país, es la falta de confianza en las instituciones nacionales dedicadas a la administración de justicia. Los actos arbitrarios que cometen las autoridades judiciales de los Estados Unidos al llevarse a ciudadanos de otro país al suyo para juzgarlos. Por ejemplo, el escándalo en torno al médico Alvarez Macháin. Hay irritación y todos los sentimientos de indignación y protesta que ustedes quieran, pero en el fondo de todo esto se percibe la falta de confianza para que la justicia mexicana se aplique a estas personas. Algo similar acontece en Colombia a propósito del señor Gaviria que se fugó de la

prisión. ¿Por qué razón lo reclamaron las autoridades de los Estados Unidos para llevárselo y juzgarlo allá? Porque ellos consideran que sus tribunales van a hacer justicia en estos casos; desconfían de las instituciones de nuestros países.

Creo que el complejo problema de la identidad y el de la presencia de la ciudadanía que exija responsabilidad a sus gobernantes, es uno de los grandes retos que en el futuro próximo tendremos que enfrentar los mexicanos.

En esta conferencia me he permitido dar algunos elementos teóricos basados en la investigación empírica en torno a la identidad nacional que espero les sean de alguna utilidad.

Muchas gracias.